

PQ 6171

.A2

B5

v.60



BIBLIOTECA



ACADEMIA DE LA LENGUA  
ARCHIVO DE LA BIBLIOTECA

## DISCURSO PRELIMINAR.

### § I.

#### *Noticias biográficas del PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA.*

A la puerta de una pobre casa de Roma se hallaba una tarde un muchacho español, de edad de unos catorce años, apuesto y bien vestido. Parecía preocupado é irresoluto, dominado por un pensamiento que dudaba llevar á cabo: al fin se persignó, y llamó en seguida á la puerta de aquella pobre casa.

Motivos tenía para vacilar, pues en aquel momento iba á resolver el problema de toda su vida, y si hubiera podido leer en su porvenir, al llamar á la puerta de aquella casa, pudiera haber dicho: *Jacta est alea*. Era aquel muchacho natural de Toledo, donde habia nacido, el 1.º de Noviembre de 1527, de una familia noble, pero poco sobrada de bienes de fortuna, como acontecia por entónces á muchos hidalgos de Castilla. Su padre se llamaba Alvaro Ortiz de Cisneros; su madre Catalina de Villalobos; el nombre del muchacho era PEDRO DE RIVADENEIRA. La pobre doña Catalina habia quedado viuda y con escasos recursos para mantener á tres hijas y aquel hijo, á quien su carácter travieso é impetuoso hacia cada vez más necesaria la mano fuerte de un padre rígido y austero. Sus travesuras daban mucho que hacer á la piadosa Catalina y á los profesores Cedillo y Venegas, á cuyas aulas de gramática concurría.

Propicia ocasion le deparó la Providencia á su carácter bullicioso é inquieto con la venida del cardenal Farnesio, que llegó á Toledo para cumplimentar al emperador Carlos V, de parte del Papa, su tío. El Cardenal se alojó en el edificio llamado del Nuncio, frente á casa de RIVADENEIRA. Aprovechó esta ocasion el revoltoso escolar para entrar en relaciones con los pajes del Cardenal, muchachos de su edad, y mezclarse entre ellos con objeto de servir á la mesa de aquel príncipe, á fin de verle de cerca. Chocóle al Cardenal el aire resuelto y vivaracho de su nuevo y gratuito paje; preguntóle si queria quedarse en su servicio, y no se necesitaron muchas diligencias para que la madre y el hijo aceptáran una proposicion tan ventajosa.

Con el Cardenal habia ido á Roma su nuevo paje RIVADENEIRA, y no por verse en tierra extraña y en el palacio de un sobrino del Papa moderó su genio inquieto y bullicioso: ni aún la presencia del Papa bastaba á contener al travieso toledano, pues en las cámaras mismas del palacio, en ocasion de una gran fiesta, y estando con hacha en mano alumbrando al Cardenal, se la rompió en la cabeza á otro paje que le estaba haciendo muecas; y el día de la Candelaria de 1540, al repartir Su Santidad los cirios benditos á los cardenales y á su servidumbre, le besó la mano al Papa con gran desembarazo, en vez de arrodillarse y besar el pié, como el ceremonial exigia.

Al bondadoso Cardenal le caian en gracia las genialidades de aquel muchacho, y no queria se le despidiera de su casa á pesar de ellas. ¡Pobre chico, hijo de una señora viuda y noble, pero escasa de bienes, sacado de su pueblo y de su patria para traerlo á tierra extranjera, qué hubiera sido de él, abandonado en medio de las calles de Roma!

Aquel mismo dia en que le hemos sorprendido, cabizbajo y pensativo, á la puerta de una pobre casita, hácia donde ahora se levanta la grandiosa iglesia del Gesú, se habia escapado del palacio Farnesio, y en vez de ir al campo con el Cardenal y los demas pajes, habia hecho una de esas fugas, que son el bello ideal de los muchachos revoltosos é indóciles, y sobre todo, de los estudiantes de todas épocas y de todos los países. De *ceca en meca*, como decimos en España, anduvo RIVADENEIRA recorriendo calles, edificios públicos, monumentos antiguos y modernos, iglesias en donde quizá no rezó, ó rezaria sin saber lo que rezaba. Mas á la caída de la tarde se halló cansado, descontento, y, segun que iba faltando la luz, crecian los remordimientos de la conciencia, y aún quizás

los del estómago. ¿Cómo volver al palacio Farnesio? ¿Querrian acaso admitirle? ¿Qué iba á ser de él en medio de las calles de aquella ciudad populosa y desconocida?

Acordóse entonces de que un paisano suyo, llamado don Pedro Ortiz, enviado del emperador Carlos V á Roma, personaje de gran importancia y á la vez de gran reputacion y virtud, le habia hablado de que fuera á ver á un clérigo español, llamado el padre Iñigo. Tambien Ortiz era natural de Toledo, queria mucho al travieso RIVADENEIRA, y al marchar de Roma habia deseado ponerle bajo la direccion de aquel virtuoso sacerdote español, á quien él habia tenido gran odio en París, y á quien profesaba en Roma singular cariño, habiéndose puesto bajo su direccion espiritual. Ni de los consejos de Ortiz habia hecho mucho caso el bullicioso paje, ni se habia acordado de la visita del padre Iñigo; pero en aquellos tristes momentos con que concluyen siempre las felices é inexplicables escapatorias infantiles, se acordó de la visita y de la recomendacion de su paisano Ortiz. Mas á su petulante orgullo repugnaba el entrar en aquella casa; latiale el corazon, y el ángel bueno y el ángel malo, que cada hombre tiene segun el dogma cristiano, le empujaban á entrar ó á retirarse de ella. Si llamaba á la puerta, iba á ser un sacerdote austero y estudioso; haria muchos viajes por Alemania y por Flándes, á pié y casi descalzo; sufriria grandes privaciones, seria un misionero evangélico. Si no llamaba, continuaria viviendo en el siglo, correria aquellos países montado en brioso corcel, asistiria á grandes batallas, asaltos y tomas de plazas. Quizás se hallaria en Lepanto y en la toma de la Goleta, y con el valor y ardimiento que de chico demostraba, llegaria á ser uno de los jefes de más nombradía que militáran á las órdenes del Duque de Alba, de don Juan de Austria y aun quizá del príncipe Alejandro Farnesio.

Al llamar á la puerta de aquella pobre casa, él no podia figurarse que decidia de su suerte, pero así era en efecto: dejaba de ser paje, capitán, quizá mariscal de campo, y en cambio, iba á ser... jesuita. ¿Qué significaba entonces esta palabra, hoy tan significativa? Nada, absolutamente nada; pocos dias despues, mucho, muchísimo.

Abrióse la puerta, entró RIVADENEIRA y se halló con un sacerdote pobremente vestido, de escasa estatura, calvo, de rostro afable, sereno y bondadoso, y que al tiempo de andar cojeaba un poco, aunque sus pausados movimientos y grave continente hacian que apenas se conociera aquel defecto. Preguntó RIVADENEIRA por un clérigo de Azpeitia, que se llamaba el padre Iñigo, y el anciano le respondió que era él mismo. En efecto, era el mismo san Ignacio de Loyola el que acababa de abrirle la puerta. Expuso RIVADENEIRA el motivo de su venida, la mala posicion en que se hallaba por su escapatoria, la duda de que le volvieran á admitir despues de *las muchas* que tenía á cuenta, y el temor de que, áun caso de admitirle, se le impusiera algun castigo fuerte. Durante la conversacion habian acudido otros sacerdotes y jóvenes, que, enterados del asunto, le rodearon cariñosamente, le animaron con buenas reflexiones, y finalmente, el mismo san Ignacio le ofreció ir al dia siguiente á verse con el Cardenal, para interceder por él, pues le conocia y tenía muy buenas relaciones con aquel alto dignatario. Cuando al dia siguiente fué san Ignacio á ver al Cardenal y le contó la nueva travesura de su indócil paje, el Cardenal, bondadoso como todos los que son *verdaderos señores*, se echó á reir con toda su alma, y dijo á san Ignacio que volviera á su servicio el fugitivo RIVADENEIRA.

¡Cosa rara! esta noticia no causó á éste ni extrañeza ni alegría; ¿qué ocurría en su alma? Una noche que habia pasado en aquel pobre albergue, entre aquellos virtuosos y afables sacerdotes, le habia trocado: queria ser jesuita. De capricho pueril y ridiculo, de inconsecuencia, de indiscrecion, de fervor pasajero, y de otras mil cosas á este tenor, se calificó su vocacion. Estas contradicciones en genios como el de RIVADENEIRA suelen ser poderosos estímulos para afianzar una resolucion vacilante, que, sin la contradicción, quizá no se hubiera afianzado. Faltaba, ademas, que san Ignacio quisiera admitir por novicio al travieso paje, acostumbrado á las ollas de Egipto en el palacio Farnesio. Pero el fundador de la Compañía, hombre de mundo, militar noble, aunque estropeado en el servicio, y de gran prevision y experiencia, habia adivinado de una ojeada lo que valia el bullicioso muchacho, y las bellas facetas de aquel diamante tosco.

RIVADENEIRA entró en la Compañía el 18 de Setiembre de 1540, cuando aquel instituto no estaba aprobado: nueve dias despues el Papa daba su sancion canónica, y principiaba á existir en la Iglesia católica la célebre Compañía de Jesus, cuyo primer cronista habia de ser el maleante paje, trasformado de repente en humilde novicio.

¡Si con mudar de ropa hubiera dejado sus mañas!... Bien se necesitó la paciencia y el cariño de todo un san Ignacio para aguantar al petulante novicio. Si le mandaban barrer, levantaba una polva-

reda que ponía perdida toda la casa; si bajaba por la escalera, saltaba los escalones de tres en tres; y si en el comedor habia cerezas ó aceitunas para postre, los huesos de ellas rebotaban en la calva del fundador de la Compañía. A no ser por éste, veinte veces se le hubiera expulsado; pero san Ignacio miraba al travieso muchacho como su Benjamin, le amonestaba cariñosamente y defendia contra todos al pobre *Perico*, cariñoso diminutivo español con que designaba al indócil novicio; y cuando veía luégo la energia con que dominaba su fogoso carácter, la humildad con que se sujetaba á las privaciones y á los castigos, solia decir á los otros padres españoles, que desconfiaban de él: «Ya verán cómo este *Perico* al *cabo* da buenas peras.»

Y fué así en efecto, y la paciencia del gran fundador de la Compañía, labrando aquel carácter fuerte y altanero, dió á la religion una de sus lumbreras, y á la literatura española uno de sus mejores clásicos.

—¿Qué te parece á tí, Pedro, que es ser secretario?

—Eso se reduce, respondió RIVADENEIRA á san Ignacio, á guardar fielmente los secretos que se le confien á uno.

—Pues en tal caso, si así lo crees, vas á ser mi secretario de aquí en adelante. Y en efecto, desde aquel dia principió á valerse de él como amanuense, haciéndole escribir mucho, sacar copias, reproducir circulares, y sin dejarle pasar falta alguna de ortografia, ni de gramática, ni áun de caligrafia.

Es más: le hizo, no tan sólo su secretario, sino tambien su confidente, llevándolo en su compañía á enseñar el catecismo, paseando con él las pocas veces que salian á respirar el aire del campo, refiriéndole sucesos de su vida, que pudieran servirle de aviso y enseñanza, y abriéndole su corazon con la sencillez y franqueza con que el ya modesto novicio le abria el suyo, y le daba cuenta de sus luchas y de las sublevaciones de su carácter antiguo. Ésta fué una de las escuelas en que más estudió RIVADENEIRA, y esta enseñanza la que más contribuyó á formar su genio.

Curioso es el diálogo entre san Ignacio y RIVADENEIRA, y que refiere éste en el capítulo segundo del libro tercero de la *Vida de san Ignacio*. Habia aprendido RIVADENEIRA el italiano en uno de los palacios más aristocráticos de Italia y de muchacho, á la edad en que se aprende fácilmente cualquier idioma. No sucedia lo mismo al fundador de la Compañía. «Y temiendo que las cosas provechosas que él decia no serian de tanto fruto ni tan bien recibidas por decirse en muy mal lenguaje italiano, díjeselo á nuestro padre, y que era menester que pusiese algun cuidado en el hablar bien, y él con su humildad y blandura me respondió estas formales palabras: Ciertamente que decis bien; pues tened cuidado, yo os ruego, de notar mis faltas, y avisarme dellas para que me enmiende.

»Hicelo así un dia con papel y tinta, y *vi que era menester enmendar casi todas las palabras que decia*; y pareciéndome que era cosa sin remedio, no pasé adelante, y avisé á nuestro padre de lo que habia pasado, y él entonces con maravillosa mansedumbre y suavidad me dijo: *Pues, Pedro, ¿qué harémos á Dios?* queriendo decir que nuestro Señor no le habia dado más, y que le queria servir con lo que le habia dado.»

Vicisitudes son éstas que no deben omitirse cuando se trata de apreciar á un clásico: su educacion en todos conceptos viene á reflejarse en su instruccion, y la instruccion en sus escritos.

El 28 de Abril de 1542 salió RIVADENEIRA de Roma para ir á estudiar en la universidad de París, en compañía de otros seis jesuitas, cinco de los cuales iban para Coimbra. Debía para ello separarse de san Ignacio y andar á pié desde Roma á París. Compadecidos los compañeros, suplicaron al fundador que permitiese á RIVADENEIRA hacer el viaje en cabalgadura. Pero ¿dónde estaban los recursos para ello? la cantidad que llevaban era para poder gastar cada uno seis cuartos diarios; así que no tocaban al caudal sino en casos de apuro; pedian limosna y se recogian en los hospitales. Hé aquí la perspectiva de un viaje de Roma á París, y viceversa, para los estudiantes pobres á mediados del siglo XVI. Y con todo, este viaje lo hacian, no solamente los religiosos, sino otras personas faltas de recursos y con deseos de aprender.

«PEDRO hará el viaje como quiera, dijo san Ignacio; pero si ha de ser hijo mio y quiere darme gusto, lo hará á pié, como los otros»; y en efecto, á la edad de quince años hizo el viaje á pié, atravesando casi toda la Francia, que estaba en guerra con España, y para mayor dolor, ni él ni Estéban Diaz, su compañero, sabian palabra de frances. Este propendia por retroceder y marchar á Coimbra con los otros compañeros, suponiendo que san Ignacio lo hubiera dispuesto de este modo si hubiese previsto la declaracion de guerra. No era RIVADENEIRA de este parecer, una vez vencido su carácter impetuoso y hecho á la más completa obediencia. Así que dijo resueltamente á su compañero: «Yo voy á París, aunque me cueste la vida.»

Este rasgo de un muchacho de quince años manifiesta hasta qué punto el carácter rebelde é indócil del expaje del cardenal Farnesio se había transformado bajo la mano del antiguo militar, herido en la brecha del castillo de Pamplona. Con razon decía éste, cuando trataban de echarle del noviciado, en vista de sus travesuras é indiscreciones, comparándole con los dos novicios más dóciles y sumisos:

«¿Ven á Fulano y Fulano? Pues tiene más mérito el pobre *Perico*; porque aquellos son dóciles por su carácter natural, y éste, por el contrario, es de un carácter violento é indómito, y tiene que hacerse gran violencia para dominarse.»

Esto era saber conocer y apreciar los genios de los jóvenes, y las lecciones de su fundador no han sido olvidadas por los de su instituto, que siempre han tenido gran habilidad para discernir ingenios.

¡Cosa rara! Llegados á París RIVADENEIRA y su compañero, principiaron sus estudios en el colegio de Santa Bárbara. Allí había otros varios jesuitas, dirigidos por el valenciano Domenech. Estéban Díaz, su compañero de viaje, se cansó poco despues de los estudios y de aquella sujecion; tiró la sotana, se hizo soldado y murió al poco tiempo desastrosamente en un desafío.

Un mes hacia que estaba RIVADENEIRA en París, y apénas repuesto de los quebrantos de su primer viaje pedestre, cuando estalló la guerra entre Carlos V y Francisco I. Mandó éste que todos los españoles ó súbditos de España salieran de sus estados en el término de tres dias. En vano la universidad quiso hacer valer sus privilegios. El Rey se empeñó en llevar adelante sus mandatos. Domenech tuvo que escapar á toda prisa de París, con su pequeña colonia española, en la que iban, ademas de RIVADENEIRA, el padre Oviedo, futuro patriarca de Etiopía, Millan de Loyola, sobrino del fundador, y otros varios jóvenes jesuitas, entre ellos un flamenco, tambien expulsado como súbdito del Emperador.

Durante aquel viaje precipitado, pues tuvieron que andar á pié cuarenta leguas en tres dias, pasaron grandes trabajos y se vieron á cada paso maltratados, insultados y expuestos á quedar prisioneros. Tenian que comprar un pedazo de pan, que comian andando: muertos de sueño y de fatiga, llegaron á Bélgica, y de tal modo, que creyeron que en Arrás acabase el pobre muchacho el viaje de su vida.

Con grandes apuros pudieron llegar á Lovaina; dedicóse allí RIVADENEIRA con grande afan á sus estudios, en medio de la gran pobreza en que vivian tanto él como sus compañeros, mendigando el sustento, cubiertos de ropas raídas y casi andrajosas, hechos no pocas veces objeto de ludibrio. Su carácter fogoso de otro tiempo estaba ya domeñado; pero al fin era un pobre chico de diez y seis años, léjos de su patria, acostumbrado á buen trato y aun á los placeres de los palacios romanos, y su imaginacion, al comparar aquellos goces con estas privaciones extremas, hubo de hacerle sufrir no pocas amarguras. Viósele languidecer, volverse taciturno, buscar los rincones y la soledad para llorar con desahogo, y todo esto ocurría léjos de san Ignacio, que para él era un padre y le hubiera confortado en aquel combate.

Afortunadamente Domenech fué llamado á Roma por el fundador; indicó á RIVADENEIRA si queria venir con él á Italia y ver á san Ignacio. Al oír esta oferta, en momentos para él tan críticos, desaparecieron las ansiedades, y emprendió con el mayor gusto su tercer viaje á pié, en que era preciso atravesar toda Alemania, y con grandes rodeos para evitar los horrores de la guerra; por un país devastado por ella y sin recursos, y ayunando con gran rigor, pues era tiempo de cuaresma: varias veces creyeron sus dos compañeros que se les quedaba muerto en medio del camino aquel pobre chico, unas veces de hambre, otras de cansancio y tambien de frío.

Al llegar á Venecia, quiso Lainez, que estaba allí, detener á RIVADENEIRA, para que se reanimase un poco, ofreciéndole llevarle consigo á Roma en pasando algun tiempo. En su impaciencia por llegar á allá, no quiso aceptar aquel descanso. Domenech cayó malo en Rávena y tuvo que ir al hospital; convino en que se quedára el otro compañero para cuidarle, y que RIVADENEIRA fuese solo á Roma para dar cuenta á san Ignacio de lo que pasaba. Nuevos aprietos, nuevas hambres y fatigas, y esta vez las pasaba viajando solo y depriosa, pues apénas podia dominar el ansia de verle y abrazarle. En Loreto creyó quedarse muerto en la iglesia de la Virgen: al llegar á Roma no le conocieron sus mismos compañeros; ¡tan flaco y extenuado estaba! A decir misa iba san Ignacio, y tenia ya puestos los ornamentos sacerdotales, cuando llegó RIVADENEIRA, y no pudiendo contener los impulsos de su cariño, se arrojó á sus piés, pidiéndole su bendicion. Levantóle aquél y le abrazó con gran efusion y cariño, enternecido al ver cómo volvía su pobre *Perico*. Al lado de su segundo padre recobró bien pronto salud y energía.

Pero la Providencia le deparaba allí una prueba la más rara é imprevista que puede oírse; fenómeno sencillo á los ojos de la mística cristiana, incomprendible é inexplicable en la fisiología materialista. Aquel pobre muchacho, que por obedecer á su segundo padre había andado á pié trescientas leguas de Roma á París, con los piés hinchados y doloridos, y cuarenta leguas de París á Flándes, y cerca de cuatrocientas de Lovaina á Roma, con grandes rodeos, peligros y privaciones, por ver á san Ignacio, cogió á éste de pronto tal horror, tal aversion, que él mismo dice que al verlo se le figuraba que veia pintado al demonio. La Providencia queria desasirle de este cariño justo, legitimo y santo, pero humano, para que no amase á ningun hombre, por bueno que fuera, sino sólo á Dios. Como era de suponer, este ódio al fundador se convirtió bien pronto en ódio al instituto, y RIVADENEIRA se decidió á dejar la sotana y volver al mundo: fué á buscar al mismo á quien dias ántes había abrazado con tanta ansia, y le dijo que se queria marchar. San Ignacio, con su calma y sangre fria habitual, le dijo que el asunto era grave y había que pensarlo. Por desgracia para el pobre muchacho, su director era uno de esos hipócritas solapados, que bajo apariencias de piedad y devocion encubren ruines intenciones; genios, por otra parte, ligeros y melancólicos, que nada hallan bueno, que todo lo interpretan mal, que se cansan de todo, que aburren á cuantos se les acercan y envenenan cuanto tocan. En vez de tranquilizar al pobre muchacho, le exasperó más y más, y hubiera salido de la Compañía á no haber caido enfermo. Entre tanto salió el hipócrita, y deseando arrastrar á su víctima, le dijo que le expulsaban por no haberle negado á él la absolucion. Irritado RIVADENEIRA y recobrando sus antiguos hábitos, al presentarse san Ignacio le habló con altanería; pero cuando éste, compadecido de él, le manifestó que el otro se había salido espontáneamente, y que ni aun se había hablado de él, conoció que se le había tendido un lazo.

Poco despues san Ignacio le mandó hacer los ejercicios espirituales. Resistióse el novicio; pero revistiéndose aquél de una gravedad desacostumbrada en su habitual serenidad é impasible sangre fria, le dirigió unas cuantas palabras, cortas, pero tan fuertes y duras, que aterrado éste, se arrojó á sus piés, gritando: «¡Yo los haré, Padre, yo los haré!» Y los hizo, en efecto, por espacio de ocho dias, y con tal éxito, que en adelante jamas sintió ya tentacion alguna de volver al siglo ni dejar la sotana.

Pero estas fatigas físicas y morales hubieron de acarrearle enfermedades penosas, de manera que no pudo volver á comenzar sus interrumpidos estudios hasta el mes de Octubre de 1545. Por esta vez ya no necesitó ir á París: en Padua se acababa de formar el primer colegio que la Compañía tuvo en Italia; allí encontró al padre Juan Polanco, su compañero de noviciado, excelente humanista, cuya compañía y amistad valieron mucho á RIVADENEIRA.

Cuatro años llevaba éste en aquel punto estudiando teología y letras, cuando san Ignacio le hizo salir de allí y lo envió á Palermo, con otros varios jesuitas, para abrir el colegio que se acababa de fundar á instancias del Virey. Encargóse á RIVADENEIRA la cátedra de retórica, saliendo de estudiante á maestro, en Octubre de 1549. En breve adquirió gran reputacion como profesor. San Ignacio debia sentir gran regocijo al oír los elogios que le llegaban acerca de los buenos frutos que principiaba á dar su querido *Perico*, que tantos afanes y aun amarguras le había costado. Tres años despues le hizo venir á Roma para inangurar las cátedras del colegio Germánico. RIVADENEIRA fué el que leyó un elegante discurso de apertura, al inaugurar aquellos estudios en la iglesia de San Eustaquio, el dia 28 de Octubre de 1552, en medio de una grande y escogida concurrencia: nuestro clásico fué el primer catedrático de retórica y moderante de estudios en aquel célebre establecimiento literario, uno de los primeros del mundo sabio. Todavía no era sacerdote, ni aun queria serlo, pues se creia indigno de tan alto ministerio. Mandóle ordenarse su segundo padre; anduvo pidiendo prórogas, buscando excusas y dilaciones, hasta que un dia san Ignacio convirtió el encargo y consejo en mandato terminante. No hubo más remedio que obedecer; cayó de rodillas y pidió la bendicion; dió-sela con efusion y ternura, y es más, le dejó que le besára la mano, cosa no consentida á nadie más que á su buen *Perico*. ¡Pues qué! ¿no era su Benjamin, que tanto le había costado? Veinte y seis años tenía cuando, en la noche de Navidad de 1553, celebró su primera misa en la iglesia de Santa María la Mayor. La piadosa Catalina de Villalobos le había ofrecido á la Virgen ántes de nacer: su voto quedaba cumplido.

La vida de RIVADENEIRA tuvo tres grandes periodos: comprende el primero, que acabamos de recorrer, su adolescencia y juventud, su vida de estudiante bullicioso y activo. Durante ese tiempo

se verifica la trasformacion de su carácter lenta y laboriosamente, llegando el travieso paje del cardenal Farnesio á ser profesor del colegio Romano y sacerdote, hombre ya maduro, formado completamente para las letras y el gobierno. Este período de elaboracion y formacion del carácter es muy curioso, y nos hemos detenido con gusto en describirlo.

En el segundo período de su vida, RIVADENEIRA, confidente del fundador de la Compañía, á quien llamaba *su segundo padre*, desempeña en ésta cargos importantes, cátedras, rectorados y provincialatos, durante la vida de los tres primeros generales españoles, san Ignacio, Lainez y san Francisco de Borja, que todos tres hicieron gran aprecio de RIVADENEIRA y le honraron con su confianza, durante aquel tiempo, que se puede llamar el siglo de oro de la Compañía.

Pero al entrar el cuarto general, y primero de los no españoles, RIVADENEIRA es relegado á España, por fortuna de las letras españolas, pues alejado de los cargos de gobierno, pudo dedicarse á escribir con toda tranquilidad, y escribir en castellano, con lo cual nuestra patria ganó uno de sus mejores clásicos.

El segundo período de la vida de RIVADENEIRA es muy importante bajo el aspecto religioso; pero como nosotros aquí consideramos al escritor más que al jesuita, al hombre de letras más que al hombre de virtud, sin que sea visto que tratemos de rebajar ésta de su alta importancia, ó mejor dicho *preferencia*, nos detendremos ménos en este segundo período que en los otros dos.

Las constituciones de la Compañía acababan de ser aprobadas por la Santa Sede. Era preciso plantearlas, y no bastaba dar la letra de ellas; lo más importante era el *espíritu*. San Ignacio había sido militar; en sus mismos escritos no olvidaba por completo su genio de soldado: la meditacion de las *dos banderas* y otras várias recuerdan todavía al defensor del castillo de Pamplona. Su instituto mismo tomaba el nombre militar de *Compañía*, sus discípulos *combatían* contra la herejía y el error, y en tal concepto, la *disciplina*, y disciplina rígida, enérgica y uniforme, era de toda necesidad en aquel cuerpo. Para plantear, para lograr esta disciplina y esta uniformidad, eligió los sujetos más de su confianza y más empapados en su espíritu, á fin de llevar las constituciones á varios puntos de Europa, y plantearlas desde un principio con vigor y acierto.

RIVADENEIRA fué enviado á Bélgica con este objeto; llevaba ademas otra comision no ménos importante y difícil, cual era conseguir de Felipe II la aprobacion del instituto, contra el cual se habian levantado en aquel país grandes prevenciones, y aún alguna persecucion.

Habia mandado san Ignacio á RIVADENEIRA que predicase en latin, puesto que lo hablaba y escribía con gran elegancia, y en Lovaina solian predicar en ésta forma. Rara comision le parecia ésta á RIVADENEIRA, mas se lo habia encargado san Ignacio, y esto bastaba; pero ¿cómo lo haría? Preocupado andaba con ello en Lovaina; mucho más, que los numerosos españoles allí residentes le invitaban á predicar en castellano, cuando llegó el rector de la universidad á suplicarle predicase en latin, pues su fama como profesor de oratoria del colegio Germánico habia llegado hasta Lovaina. Pasmado se quedó con esta peticion, cuando él andaba preocupado, no sabiendo cómo cumplir lo que se le habia mandado. En efecto, predicó en latin: el éxito que obtuvo fué asombroso, no sólo bajo el aspecto del apostolado, sino de los aplausos literarios; llegando al extremo de llevarle una tarde á su pobre casa acompañado de una multitud de catedráticos y estudiantes, que llevaban hachas para alumbrarle y honrarle.

El ruido de estos aplausos llegó á Brusélas, y tambien la córte quiso oírle. Pedro de Zárate, secretario del Rey, Eraso, Vargas, Fontana, Gonzalo Perez (el padre de Antonio Perez), el Duque de Feria y otros varios señores y altos dignatarios, tanto españoles como del país, iban á escucharle, y bien pronto los aplausos de Lovaina resonaron en Brusélas. El paso hasta el trono estaba ya franco; Felipe II, que á la sazón residia allí, hizo que se le presentara RIVADENEIRA: el Duque de Feria, su protector, se encargó de ello, y RIVADENEIRA pudo poner en manos del Rey de Inglaterra y Príncipe de España y Flándes el memorial ó carta que san Ignacio le habia dado para él. Su estupor era grande; el mandato de predicar en latin, que creyera extravagante al recibir aquella carta, le facilitaba el medio, al parecer inverosímil, de entregarla en las manos adonde debía llegar. ¿Cómo habia de dudar del éxito? Con todo, habia que vencer graves inconvenientes y no pocas animosidades; Felipe II no partia de ligero, y á pesar de las excitaciones del Duque de Feria y de Ruy Gomez de Silva, el célebre príncipe de Eboli, pasaron siete meses sin lograr la anhelada aprobacion, que se dió en 3 de Agosto de 1556. Lleno de júbilo, se apresuró RIVADENEIRA á escribir tan satisfactoria nueva á su *segundo padre*; pero éste lo sabia ya tres dias ántes de que aconteciese. La carta de RIVADENEIRA se cruzó en el camino con otra que le escribía el padre Polanco, su com-

pañero y amigo, avisándole que el fundador de la Compañía habia muerto el dia 31 de Julio de aquel año.

La contestacion de RIVADENEIRA, fechada en Gante, á 2 de Setiembre, es tan dolorida y tierna, que sentimos en el alma no tener el original castellano, para darle cabida en esta coleccion. «El corazón se me parte al pensar que no he merecido el favor de hallarme presente á su santa y gloriosa muerte. Pero ¡me convenia acaso asistir al tránsito de aquel á quien tan mal he imitado! ¡Oh mi querido padre Ignacio (sí, os llamo *mío*, pues aunque *padre* de toda la Compañía, lo habeis sido más particularmente *mío*, pues me engendrasteis en Jesucristo), estoy seguro de que desde las mansiones celestiales me otorgaréis vuestro espíritu... Hablo aquí á tuertas y á derechas, porque no puedo reprimir los impulsos de mi corazón.»

El nuevo general, Diego Lainez, llamó á Roma al PADRE RIVADENEIRA: con grandes apuros hubo de regresar allá por Alemania, y con no pocos peligros por Italia, en donde los españoles y franceses combatian por entónces, ocupando aquéllos las avenidas de Roma. Terminada la guerra, despues de la batalla de San Quintín, y hecha la paz entre el Papa y Felipe II, tuvo que volver RIVADENEIRA á Bélgica, por tercera vez, en compañía del padre Salmeron y del cardenal Carafa, sobrino del Papa, que iba á cumplimentar al monarca español. Este viaje fué más cómodo, pues iba á caballo; pero, en cambio, tropezaron en Alemania los dos jesuitas españoles con cuatrocientos raitres que iban á servir á Francia. El apuro era grande; RIVADENEIRA con su habitual serenidad se acordó de sus antiguas mañas: en vez de huir ni acobardarse, dirigióse hácia ellos; con el mayor desembarazo sus habló en aleman, como si fuesen los mayores amigos del mundo, cambió con ellos unas cuantas frases de buen humor, y siguió su viaje sin que los raitres pudieran figurarse que habian tenido en sus manos dos españoles, y jesuitas por añadidura.

RIVADENEIRA tuvo que quedar en Bélgica, aún despues del regreso del Cardenal y de Salmeron, á fin de llevar á cabo las negociaciones para la aprobacion de la Compañía. Allí no perdió el tiempo; predicó en Lieja, en Lovaina y en Brusélas, con su acostumbrado éxito y no pocos aplausos. Entre tanto cayó enferma la Reina de Inglaterra. Felipe II envió á su lado al Duque de Feria, no pudiendo ir á reunirse con su mujer, y el Duque quiso llevar consigo á RIVADENEIRA: ambos llegaron á punto de ver morir á la reina Doña Maria. Miétras el Duque estuvo en Inglaterra, por espacio de unos cuatro meses, RIVADENEIRA no perdió el tiempo, pues ademas de vigilar para que la familia del Duque no se contagiase con los errores, que volvian á levantar cabeza, trabajó briosamente en combatirlos, disputando contra sus fautores y enseñando á los vacilantes.

Al volver á Brusélas, halló orden del padre Lainez, llamándole nuevamente á Roma. Habíase hecho la paz entre España y Francia, y RIVADENEIRA pudo esta vez ir de Brusélas á Marsella, y embarcarse allí para Civita-Vechia.

No entraremos á narrar aquí todos los cargos que durante los generalatos de Lainez y de san Francisco de Borja tuvo que desempeñar. Lainez profesaba á RIVADENEIRA un cariño entrañable: le habia conocido de muchacho, habia visto cuánto habia trabajado san Ignacio por reformar su carácter, y las esperanzas que en él habia fundado con tanto acierto; así es que se complacia en tenerle por su confidente más íntimo, le trataba como le habia tratado san Ignacio, y á veces estaba hablando con él hasta las altas horas de la noche.

Con sentimiento se hubo de separar de él para enviarle de provincial á Toscana, y despues, en 1562, á Sicilia. Era obispo de Palermo su antiguo amo el cardenal Farnesio. Con todo, la diócesis estaba tan mal gobernada por la falta de residencia de su prelado, que RIVADENEIRA tuvo mucho que trabajar; pues el obispo auxiliar de todo cuidaba ménos de reprimir los excesos de algunos monjes y monjas, que eran el escándalo de las personas religiosas y de los hombres de bien.

Como muestra del estado de desmoralizacion á que habia llegado aquel país, basta citar el asesinato del padre Venusti, muerto á manos de un clérigo á quien habia protegido, á pesar de sus vicios, con objeto de lograr que se arrepintiese. El Virey tenía empeño de ahorcar aquel clérigo malvado; RIVADENEIRA intercedió por él en vano: perseguido el asesino por todas partes, tuvo que refugiarse en el colegio mismo de la Compañía, de donde era su víctima; allí estuvo escondido dos dias, hasta que los ofendidos mismos le proporcionaron la evasion al continente. La carta en que Lainez aprobaba esta conducta generosa fué de las últimas que escribió, pues murió poco despues.

Elegido san Francisco de Borja por tercer general de la Compañía, escogió á RIVADENEIRA para superintendente del colegio Romano: en vano trató de esquivar este cargo: «Ya que su paternidad,

le dijo aquel santo, ha sido uno de los que han tenido la culpa de que yo sea elegido general, ayúdeme á llevar la carga.»

Por encargo suyo tuvo que ir á visitar la provincia de Lombardía, en donde ayudó mucho á san Carlos Borromeo en sus proyectos de reforma, y vuelto á Roma, desempeñó el cargo de asistente de España, mientras san Francisco de Borja tenía que andar por acá en compañía del cardenal Alejandro de Borja, por mandato del Papa. No volvió á Roma sino para morir allí; pues en efecto, poco despues de haber regresado de España, murió el antiguo duque de Gandía, en 2 de Setiembre de 1572. Aquí entra la tercera faz de la vida de RIVADENEIRA.

El papa Gregorio XIII mostró desconfianza contra los españoles y su preponderancia en la Compañía: de los cuarenta y siete electores, los veinte y siete eran españoles. El Papa manifestó muy por lo claro que no quería general español, y aun indicó para el cargo al flamenco Everardo Mercuriano. El día 23 de Abril de 1573 se dió gusto al Papa, y quedó elegido por cuarto general de la Compañía el padre Everardo, sujeto dignísimo de aquel cargo.

Siguiendo la política iniciada por el Papa, principió el General á ir enviando á España, con honrosos pretextos, á todos los jesuitas españoles que habia en Italia, y haciendo lo mismo con algunos de otros países para dorar mejor aquella medida; diciendo que convenia que volviese cada uno á la provincia de su procedencia. Dicese que el padre Mercuriano deseó retener á RIVADENEIRA, como hijo predilecto de san Ignacio; pero lo cierto es que nuestro compatriota fué tambien enviado á España para restablecer su salud. Es cierto que ésta se habia resentido sobremanera con tantos y tan precipitados viajes, y ademas con los estudios, contrariedades, y tambien con las mortificaciones ascéticas que se habia impuesto: ya desde su estancia en Inglaterra habia principiado á padecer violentos dolores de estómago; pero probablemente RIVADENEIRA hubiese sido devuelto á España aunque hubiera tenido completa salud, pues el general de la Compañía, ó por razones de gobierno ó por ceder á la voluntad del Papa, se deshizo de todos los españoles.

Si ganó ó perdió con eso la Compañía de Jesus, no es de nuestra incumbencia el tratarlo; pero es lo cierto que la literatura española pudo darse por ello la enhorabuena, pues ganó con ella clásicos como RIVADENEIRA, Mariana y otros escritores no ménos distinguidos. Es más: RIVADENEIRA no volvió á obtener cargo ninguno en la Compañía, y éste fué otro motivo para felicitarse tambien las letras españolas.

Si RIVADENEIRA hubiera continuado en sus cargos ó viviendo en el extranjero, hubiese escrito poco, y eso en latin. Vuelto á España y sin cargos, escribió mucho y en castellano. Este periodo de su vida es, por tanto, el que más nos importa, considerando á RIVADENEIRA como uno de nuestros clásicos.

Entremos, pues, en el tercer periodo de la vida de RIVADENEIRA, ya anciano y achacoso, y dedicado á las letras. Es el periodo más importante para nosotros.

Declinaba ya hácia su fin el año 1574, cuando RIVADENEIRA desembarcó en Barcelona. Alegrábase de volver á respirar los aires de su patria, los aires que respiraba su piadosa madre, Catalina de Villalobos... los aires que *había respirado*, porque moria en el momento en que su hijo desembarcaba en Barcelona. Anhelaba abrazar á su hijo sacerdote, á su hijo, hombre formal y ya de gran reputacion en España, porque entónces, como ahora, nuestra tierra no suele apreciar á sus hijos, hasta que en el extranjero le avisan que los aprecie.

Esta inesperada noticia le sorprendió en Barcelona, y acibaró los placeres del regreso á la patria. Visitados los lugares en que habia estado su segundo padre, san Ignacio, arribó á Madrid, el día 21 de Diciembre de 1574. El esmero y la veneracion respetuosa de los jesuitas de Toledo no logró devolverle la salud perdida, y al cabo de nueve meses de estancia, se lamentaba de ser para ellos objeto de escándalo por las deferencias que con él tenían. Al borde del sepulcro estuvo, y poco le faltó para morir. Despues de recorrer algunas casas de España, donde la obediencia le enviaba para restablecer su salud, fijóse en Madrid. Deseando eludir las visitas, consiguó que le diesen un aposento en la más alto de la casa, á fin de que el temor de subir tanta escalera alejase á los importunos. Lograba así más tranquilidad y tiempo para el estudio, buenas luces, aires más puros y soledad; por lo cual llamaba á su pobre celda *el Jesus del Monte*; aludiendo á una casa de campo, dependiente del colegio de Alcalá y cerca de Loranca, donde algunas veces iba á pasar algunos dias de campo, reti-

rado del bullicio de la corte. Reuníanse algunas veces allí los hombres más eminentes que la Compañía de Jesus tenia por entónces en España, Alonso Deza y Gabriel Vazquez, teólogos profundos; el humanista La Cerda, el historiador Mariana y el ascético Luis de la Palma. Allí, en amigables coloquios, se solazaban algunos dias, dando tregua á la tirantez de sus estudios y de sus austeridades. RIVADENEIRA, con su carácter franco, hacia las delicias de aquella reunion, que le escuchaba con singular placer, sobre todo en lo relativo á las interioridades del fundador de la Compañía, por él mejor que por nadie conocidas.

A pesar de su retiro, vióse RIVADENEIRA honrado dentro y fuera de su instituto, respetado por la grandeza de la corte y consultado por los prelados más eminentes de España. Decia á todos la verdad con gran energía, pero sin amargura ni aspereza: de aquel carácter altanero é impetuoso, á duras penas doblegado por san Ignacio, quedaban solamente en la vejez la energía y la franqueza, pero templadas por una gran caridad, que las dulcificaba siempre.

Algunas veces hizo llegar hasta las gradas del trono noticias de los males públicos, de las extorsiones hechas contra los débiles por autoridades avaras y despóticas. No es posible descender á todos estos pormenores, pero las cartas que se han reunido al final de este tomo bastarán á dar alguna idea de ello.

Tampoco entraremos á deslindar las amarguras que le produjeron las persecuciones que hubo de sufrir por entónces la Compañía en España, tanto por enemigos de fuera, como por los descontentos domésticos. No todos los jesuitas españoles lanzados de Italia habian llevado este desaire con la resignacion que RIVADENEIRA; algunos de ellos, altamente descontentos, trataban de promover ó reformas indiscretas ó cismáticas separaciones. Al frente de los descontentos estaba el hipocondriaco Dionisio Vazquez, hombre de carácter duro y altanero, bilioso y áspero, engreido de su saber, y poco resignado con verse reducido á la oscuridad, despues de haber sido secretario de san Francisco de Borja. Acudieron estos descontentos al nuncio Hormaneto, remitiéndole memoriales anónimos, *primos hermanos del Tratado sobre los males de la Compañía*, atribuido al padre Mariana, y no porque Mariana no adoleciera algo de los defectos de Vazquez. Pero si se considera que éste era el jefe de la intriga y el autor de los memoriales dirigidos al Nuncio, cuyo eco era el folleto atribuido á Mariana, se estará en camino, probablemente más acertado, para encontrar á su verdadero autor.

Melchor Cano, célebre y profundo teólogo, pero tan bilioso é hipocondriaco como Vazquez, y por añadidura envidioso, habia promovido contra la Compañía una persecucion tan encarnizada, que escandalizó á todos los hombres de bien, y á los muchos sabios y santos que entónces tenía en España la orden de Santo Domingo. Los venerables Granada y don fray Bartolomé de los Mártires, Soto y otros austeros y sabios dominicos llevaron muy á mal aquellas agresiones, hijas de resentimientos mezquinos. Los descontentos lograron atraerse á la Inquisicion, y el expediente que se formó contra los hombres más notables de la Compañía acarreó tambien á RIVADENEIRA no pocos disgustos. El cardenal Quiroga, inquisidor general, formó un expediente, que puede ponerse al lado del otro seguido contra el benemérito y dignísimo arzobispo Carranza por su émulo, el inquisidor Valdés. La Inquisicion española queria ser más papista que el Papa, flaqueza habitual de España, entrometiéndose á examinar hasta las bulas y privilegios pontificios, y dándose ciertos aires regalisticos, hartó chocantes en aquel asunto. Sixto V no era hombre para sufrir tales atrevimientos, y amenazó al Rey y á la Inquisicion. Mandó avocar á Roma el expediente, como habia hecho san Pío V con el de Carranza, cruel é inicuamente perseguido en España: mandó devolver á los jesuitas los *Ejercicios espirituales*, el *Compendio* de sus privilegios, bulas y demas papeles llevados á calificar al Santo Oficio. Ni Felipe II ni el cardenal Quiroga lo llevaron á bien; pero Sixto V amenazó al cardenal Quiroga con quitarle la mitra, el capelo y el cargo de inquisidor, si continuaba desobedeciendo.

En aquella deshecha tormenta cupo gran parte á RIVADENEIRA: sospechóse que estuviera con Vazquez y los descontentos; luego se sospechó de él por sus relaciones con Quiroga, y cuando cesó de visitar á éste, por evitar sospechas de una y otra parte, el Cardenal tampoco llevó á bien su retraimiento. RIVADENEIRA se vió precisado á seguir en relaciones con el Cardenal. Afortunadamente para él, su reputacion, su energía y su franqueza le hicieron salvar aquellas difíciles circunstancias, aunque no sin graves disgustos. En medio de ellos, escribia en castellano correcto y elegante la *Vida de san Ignacio*, que años ántes habia publicado en elegante latin. La *Historia del cisma de Inglaterra* advertia á Felipe II los inconvenientes de entrometerse demasiado en los asuntos eclesiásticos, defecto á que aquel monarca propendió siempre. Escribia el libro de las *Tribulaciones*

en medio de sus grandes padecimientos y dolores, y á vista de las persecuciones de su instituto y de la decadencia de España, que él ya presentía. Traducía también obras todavía no conocidas en España, y cuidaba de las reimpressiones de sus libros, ayudado de un coadjutor, que era para él secretario, enfermero, administrador, acompañante y agente de negocios, llamado el hermano Lopez.

En 1589 murió Vazquez, presa de amargos remordimientos y de accesos de locura; al año siguiente murió el papa Sixto V; pero ni cesaron por eso los ataques exteriores ni las intrigas de los descontentos. Entre tanto RIVADENEIRA tuvo el gusto de cooperar á la fundacion del colegio de Madrid. Los novicios de la Compañía se hallaban en un edificio incómodo y estrecho, en el pueblo de Villarejo: doña Ana Félix de Guzman, hija del Conde de Olivares, deseaba sacarlos de allá y fundar un buen noviciado en Alcalá. Los obstáculos que á esto se oponian dieron lugar á que se fundara en Madrid, y el 31 de Julio de 1602 tomaban posesion el padre RIVADENEIRA y el padre Robledillo de las casas y terreno donde hoy existen la iglesia de San Isidro y el colegio Imperial.

A pesar de sus achaques, RIVADENEIRA continuaba escribiendo los otros libros de que hablaremos luégo. En Agosto de 1609, RIVADENEIRA tuvo uno de los dias más felices de su vida, al saber que san Ignacio había sido canonizado por Paulo V, el dia 26 de Julio de aquel año. ¿Qué más podia apetecer? Su maestro, su *segundo padre*, estaba ya en los altares, y él, su primer biógrafo, presenciaba y describía las fiestas de su canonizacion. Dos años vivió todavía en medio de dolores y acerbos padecimientos: el modo mejor de calmarlos, que hallaban los que le asistian, era el hablarle de san Ignacio. Conversaba con su retrato cual si le oyera, y cuando ya le faltó el habla, despues de recibir los sacramentos de la Iglesia, sus miradas buscaban aún, entre las sombras de la muerte, aquellas facciones queridas, que dentro de poco iba á ver en esplendente gloria.

La noticia de su muerte, ocurrida el 22 de Setiembre de 1611, hizo gran impresion en Madrid; la corte supo apreciar lo que perdía, y sus hermanos tuvieron que permitir se le hicieran honores desusados. En una habitacion, junto á la porteria, se puso su féretro, y al rededor el retrato de san Ignacio, de sus nueve compañeros y de san Francisco de Borja. RIVADENEIRA los había conocido; había escrito sus vidas y era el primer biógrafo de la Compañía. Así como san Juan, el *discípulo amado*, sobrevivía á todos los otros *apóstoles* ó enviados, primeros discípulos de la Compañía de Jesus. La mayor parte de la grandeza de España asistió á su entierro, en el que ofició la Capilla Real; y el padre Juan de Mariana, su amigo y compañero en Roma y en España, compuso el epitafio que se grabó sobre su sepultura. Abrióse para él una fosa especial en la capilla de San Ignacio, que él mismo había hecho construir. Por desgracia en la actual iglesia de San Isidro los amantes de las glorias literarias de España no encuentran ni el epitafio ni el sepulcro del que fué á la vez honra de la Compañía y de las letras españolas.

El epitafio escrito por el padre Mariana no parece hecho para ponerlo en el sepulcro. El padre Pineda compuso otro latino, muy prolijo, que se colocó entre dos planchas de plomo, y fué enterrado con el cadáver. Ambos pueden verse á la página 447 del tomo IV de las *Vidas ejemplares de algunos claros varones de la Compañía*, escritas por el padre Nieremberg. Este mismo refiere que «el año 1633 se halló la cabeza del PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA tan entera y sin daño de corrupcion, que parecia había acabado de morir, y los que le conocieron en vida, por el rostro echaron de ver ser el mismo, y así pusieron la cabeza en lugar más decente.»

## § II.

*Obras del PADRE RIVADENEIRA.*

Son tantas y tan voluminosas las obras escritas por el PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA, que si hubieran de ser publicadas todas ellas en la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, necesitaríamos destinarles tres tomos ó volúmenes, además de éste, sin contar las muchas obras en latin. El *Flos Sanctorum* y lo omitido de la edicion en folio de 1605 no cabrian en dos volúmenes, y lo inédito ó poco conocido bastaria quizá para otro.

Dedicó RIVADENEIRA sus primicias literarias á escribir la *Vida* de su segundo padre, san Ignacio, primero en latin, y más adelante, cuando regresó á España, la publicó en castellano, y ésta fué siempre su obra predilecta, la que más corrigió, en la que más escrupulizó, llegando, á fuerza de escrúpulos y correcciones, á quitarle mucha parte de su mérito primitivo en pasajes y cosas que referia como testigo presencial, los cuales modificaba, pareciéndole que pudiera haber en aquella narracion algo de vanidad ó presuntuoso orgullo. Como de este libro se ha de hablar luégo más detenidamente, excusamos el dar aquí más noticias, y lo mismo harémos con respecto á las otras obras á las cuales se da cabida en este volumen.

RIVADENEIRA escribió, además, otras *Vidas de san Ignacio*, y al paso que en la primera había omitido todo lo que tuviera carácter milagroso, en las siguientes, por el contrario, rellenó de ellos las narraciones que hacía. Esto no debe extrañar á quien conozca el procedimiento de la Iglesia en estas materias, y la delicadeza de RIVADENEIRA. Los cánones no llevan á bien que se publiquen milagros á tontas y á locas, con ligereza casi supersticiosa, y sin contar con la aprobacion del Ordinario. El beaterio tonto suele llevar esto con impaciencia, pero el Concilio de Trento lo manda así, y RIVADENEIRA no ignoraba lo mandado por el Concilio. Por ese motivo fué parco en la narracion de los milagros de san Ignacio, hasta que los vió aprobados por la autoridad competente; pero luégo se desquitó de su anterior silencio. Escribió otra *Vida* más compendiosa de san Ignacio, formó un resumen de las relaciones que iban llegando á sus manos noticiando nuevos prodigios y milagros, contribuyó á la formacion de los expedientes de beatificacion, y terminados éstos, tuvo el gusto de escribir sobre ellos una *Relacion de lo que ha sucedido en la canonizacion del beato padre Ignacio de Loyola*. Imprimióse ésta á fines del año 1609, en casa de Sanchez, en Madrid, y fué una de las últimas publicaciones de RIVADENEIRA.

Al mismo tiempo escribió también otra *Relacion de la fiesta de nuestro santo padre Ignacio, que en Madrid se hizo en la beatificacion, á 15 de Noviembre de 1609*; la cual se conserva manuscrita é inédita entre los muchos papeles de RIVADENEIRA que posee la Real Academia de la Historia.

Este afán de justa correspondencia y gratitud con san Ignacio le obligó á dar otros libros correlativos con éstos, y para no perder nada de lo que acerca de él le recordaba su mente. Tal es el *Tratado del medio de gobierno que tenía nuestro beato padre Ignacio*; verdaderas amonestaciones, ó sean *monita secreta* de la Compañía, bien distintas de las que se han publicado con este título en latin de cocina, y de las cuales van vendidas ya diez y seis ediciones, á peseta el tomo, y aún es caro por ese precio, si se atiende á lo que vale realmente en el terreno de la verdad.

Coincide con aquél, otro que se titula *Tratado en el cual se da razon del instituto de la religion de la Compañía de Jesus*, el cual fué impreso en Madrid, el año 1605, y reimpresso en Salamanca, en el de 1730. Sigue á éste, otro *Tratado de las persecuciones que ha tenido la Compañía de Jesus*. Esta obra es muy curiosa y por desgracia inédita. Tiene conexion y correlacion con este último, otro, también inédito, titulado *Diálogos en los cuales se tratan algunos ejemplos de personas que, habiendo salido de la religion de la Compañía de Jesus, han sido castigadas severamente de la mano del Señor*. Estos diálogos representaban las conversaciones íntimas que tenían los jesuitas en su posesion de Jesus del Monte, donde RIVADENEIRA había referido á varios de los padres aquellos tristes dramas, de algunos de los cuales él mismo había sido testigo presencial. En un principio eran dos estos diálogos: á petición del padre Palma, escribió otro tercero. Más adelante, y á fines del siglo XVII, añadió otro cuarto el padre Andrade, pero su mérito no iguala al de los tres primeros.